

JOSÉ ANTONIO MARINA



es@lavanguardia.es

crear

SUPERFICIALIDAD

La profundidad no tiene buena prensa. Resulta amedrentadora y lúgubre. *De profundis clamavi ad te, Domine*, "te llamo desde lo profundo, ¡oh, Señor!", dice el salmo 129. La superficialidad, en cambio, tiene un aire desenfadado, lúdico, intrascendente. Parece que nos libera de la gravedad. Ser una persona grave es, sin duda, cosa seria. Gravoso es lo que pesa, gravedad es lo que nos hace caer, grave es la enfermedad que nos mata. Cuando escribí *Elogio y refutación del ingenio* descubrí que esa levedad aparecía muchas veces como una utopía salvadora. Como el patinador, hay que ir rápidos, sin apoyarse

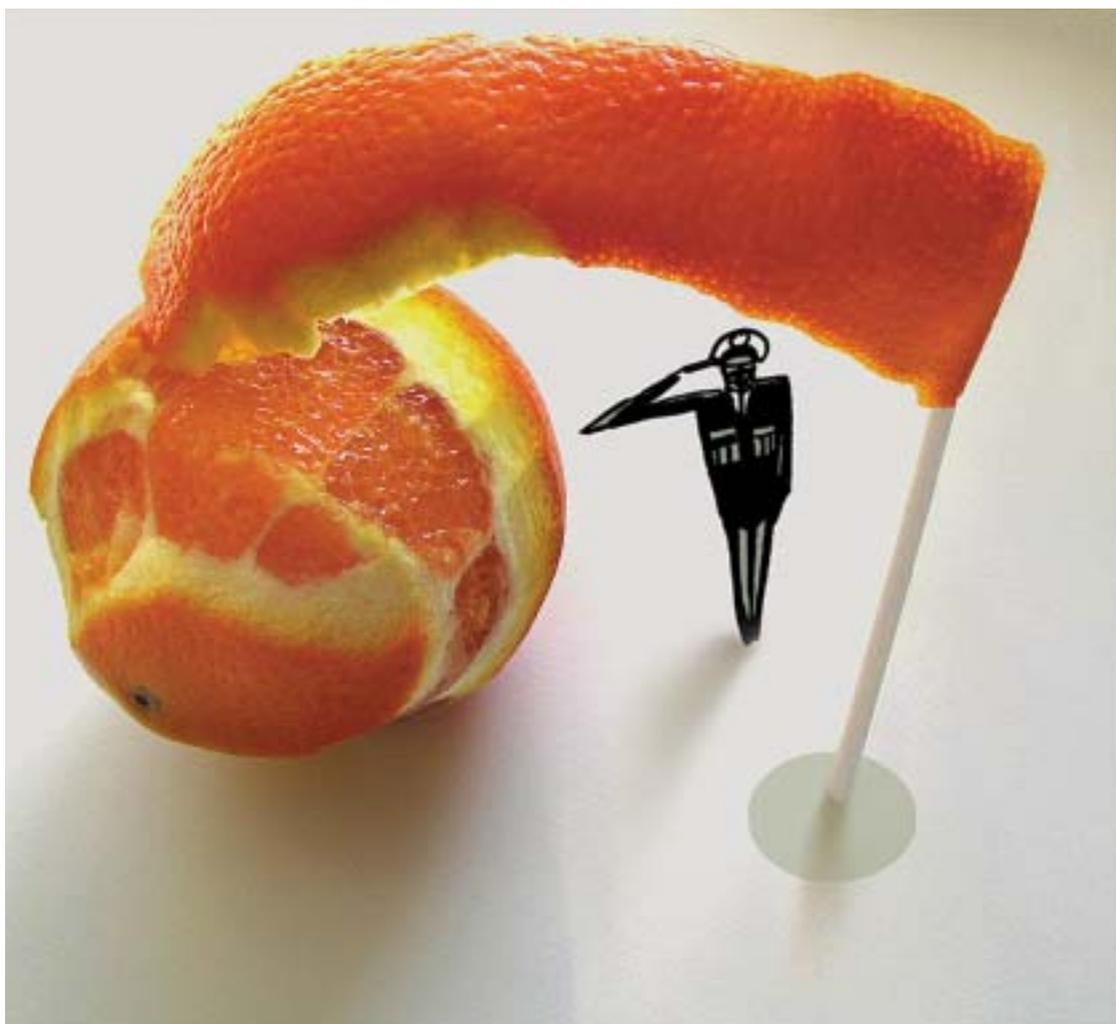
demasiado. Una parte de la cultura actual obedece esta consigna. Todos surfeamos en la red. Es decir, nos deslizamos velozmente sobre un ignoto mar de informaciones. Los artículos de las revistas se están haciendo cada vez más cortos. Los libros de texto de nuestros escolares se trocean en cuadritos diversos. La aparición de Twitter en la red ha sido la consagración del *nanomensaje*: 140 caracteres a lo sumo. Nicholas Carr, en su libro *Superficiales. ¿Qué está haciendo internet con nuestras mentes?* (Ed. Taurus), estudia un fenómeno que detectamos en nuestros estudiantes. Pasan muchas horas leyendo en el ordenador mensajes cortos, rápidos, cambiantes, que producen una peculiar excitación cognitiva. Les permiten estar conectados, relacionar mucha información, pero les están incapacitando para leer un texto largo. Está apareciendo un trastorno de déficit de atención por superávit de estimulación informativa.

Sin embargo, la superficialidad tiene evidentes contraindicaciones intelectuales, sentimentales y éticas. Desde el punto de vista intelectual, porque la realidad no se ofrece a primera vista. Nadie confiaría en un médico que se fiara sólo del aspecto del paciente y, sin embargo, acabamos fiándonos de la apariencia en cosas igualmente importantes; la política, la economía, la ética. Los *nativos digitales* tienen una curiosa idea de la memoria: "¿Para qué voy a aprender algo, si lo puedo encontrar?". Sí, pero sólo podemos seleccionar lo interesante a partir de nuestros propios conocimientos. Un burro conectado a internet sigue siendo un burro.

También en el terreno afectivo la superficialidad es destructiva. Es muy llamativa la crisis de intimidad que viven nuestros jóvenes. Todo se cuenta en Facebook o en otras redes sociales. La superficialidad de los sentimientos los hace poderosos y efímeros como un sarpullido. Hace que las relaciones se hagan mercuriales, fluidas, líquidas. El ideal es un *non-binding commitment*, un compromiso

sin vínculos, es decir, un no-compromiso. Hay que surfear en las personas como surfeamos en la red. Quien no tenga una buena apariencia queda descartado. La primera impresión, la imagen, lo es todo. No tengo tiempo de más averiguaciones. El boom del pensamiento intuitivo va en esa misma dirección. Y, desde el punto de vista ético, la superficialidad olvida que las normas morales son el producto de una larguísima historia de tanteos, horrores y triunfos precarios.

Creo que la sociedad se da cuenta del sofisma de la superficialidad, pero busca soluciones equivocadas. En el auge de los integrismos, fanatismos, hay una angustiada búsqueda de refugio en los dogmatismos. Yo busco por otros caminos. Intento hacer compatible la extensión con la profundidad, con resultados desiguales. Las caprichosas formas de la lava proceden de la energía del volcán. La inteligencia creadora es el volcán humano. A él me remito. Por eso, esta sección se llama CREAR. ■



Raúl